

LIBRO

JOSE ECHEVERRIA
*LIBRO DE CONVOCACIONES**

Jorge Acevedo**

Por lo pronto, debo decir que el primer volumen del *Libro de Convocaciones* -dedicado a Cervantes, Nietzsche y Dostoyevski, Marx, y Antonio Machado- no es una obra de literatura sino de filosofía. El rigor del pensamiento, sin embargo, se conjuga con una escritura muy bien lograda. La exactitud de la idea y la belleza del estilo en que se expresa van juntas. Además, nos encontramos con un texto muy claro, en el que el lector es constantemente tomado en cuenta, nunca olvidado. Nadie debe temer, pues, tropezar con abstrusos razonamientos difícilmente inteligibles. A la diafanidad de estas páginas se une su carácter iluminador: un rayo de luz va alumbrando los diversos asuntos abordados. Hasta tal punto ello es así que se me ha ocurrido pensar que, tal vez, sean absolutamente imprescindibles en Chile ya que, quizá, sólo un compatriota pueda develarnos ciertos temas graves y profundos. Y, precisamente, José Echeverría está en condiciones de cumplir con una tarea de esa envergadura.

El autor pone en juego su oficio filosófico, adquirido a través del asiduo cultivo de la filología, el pensamiento jurídico y la filosofía. Y también, claro está, hace funcionar su gran talento, su fina inteligencia y su enorme saber. Lo que coordina todo eso es, me parece, una instancia lógica, en el sentido prístino del término, que él maneja con singular maestría: el modo de la razón viviente que es la experiencia de la vida; sentimos que en cada ensayo hace gravitar íntegra la trayectoria de su existencia, asignándoles así acentuada gravedad y particular dramatismo a los temas que toca.

* Editorial Anthropos, Barcelona, 1986.

** Profesor de Filosofía de la Universidad de Chile. Vicepresidente de la Sociedad Chilena de Filosofía. Autor, entre otras obras, de *Hombre y Mundo. Sobre el punto de partida de la filosofía actual*, Editorial Universitaria, segunda edición, 1984, que obtuvo el premio de Ensayo de la Municipalidad de Santiago en 1984.

El primero versa sobre el *Quijote*, novela que es concebida no sólo ni principalmente como aludiendo al hombre hispánico sino, más bien, como libro espejo en el cual se refleja lo más esencial del ser humano. Lo más esencial del hombre consistiría en negar la realidad en que vive inmerso, imaginar posibilidades nuevas y superiores a la circunstancia dada, y tratar de plasmar en el mundo esos productos de su fantasía. El fracaso que se presenta en el *Quijote*, sostiene Echeverría, no es una objeción última contra el movimiento del hombre en el sentido de lo innovador y más alto. A pesar del relativo fracaso inherente a toda empresa humana, algo de lo inédito y más perfecto se va alcanzando. Por lo demás, el hombre carece de alternativa frente a su propia condición.

Uno de los apéndices que prolonga el primer ensayo manifiesta de manera eminente la perspicacia del escritor que comentamos, quien elige unos magistrales párrafos del libro *Experiencia de la muerte*, de Paul Landsberg, para poner en conexión el pensamiento nuclear del *Quijote* con las corridas de toros. El combate entre el hombre y el toro guardaría estricta correspondencia con la lucha entre el ser humano y su destino. Las peripecias del animal ante su vencedor son las nuestras ante las inexorables limitaciones de la vida.

El segundo ensayo recae sobre los conceptos nietzscheanos de eterno retorno de lo mismo, superhombre o suprahombre y voluntad de poder. Su tratamiento, empero, nos conduce hacia una cuestión muy personal: la ambivalencia existencial de Nietzsche. Por un lado, este pensador se nos aparece como un furibundo anticristiano; por otro, como un hombre devoto, apasionado buscador de Dios, respetuoso de los valores cristianos y, sobre todo, practicante de los mismos: piedad, amor al prójimo, compasión respecto de los débiles. Dostoyevski, propone Echeverría, a través de algunos personajes de sus obras habría enseñado a Nietzsche que no es posible renunciar a la dimensión religiosa de la vida; en su caso peculiar, al cristiano que llevaba dentro desde su infancia, cuando acompañaba, tomado de la mano, a su padre, Karl-Ludwig Nietzsche, pastor luterano en la pequeña ciudad de Roecken. Dostoyevski hizo comprender a Nietzsche que es ineludible hacerse cargo de los aspectos contradictorios de uno mismo; condujo al filósofo de la disyunción polémica a la conjunción de los complementarios; de Dionysos contra el Crucificado a Dionysos y el Crucificado.

La hipótesis final de este ensayo es, en mi concepto, sumamente audaz. Cito: "El bueno de Overbeck —fiel amigo de Nietzsche— se enteró por las gentes con que conversó en Turín de un incidente dramático. En uno de los primeros días de enero de 1889, Nietzsche, al salir de su pensión a dar un paseo por las calles, vio a un hombre que golpeaba ferozmente con el mango de su látigo a un caballo. El duro, el cruel, el implacable Nietzsche se abalanzó a defender al caballo abrazándolo, cubriendo su cabeza con su cuerpo para protegerlo. El hombre quedó atónito, y dejó de golpear.

Nietzsche cayó al suelo fulminado, inconsciente. Veo en este acto de Nietzsche un lapsus vitae en relación a su filosofía más explícita. Pero he de dejar entregado a la reflexión de mis lectores el problema de cuál pueda ser su significación precisa. Aventuraré tan sólo una conjetura: acaso el silencio ulterior de Nietzsche pueda atribuirse a que, con tal acto, dejó dicho todo lo que aún le quedaba por decir. ¿No radicará la genialidad mayor de Nietzsche en haber vislumbrado primero, y atestiguado luego en una acción singular, la gran síntesis de Dionysos, dios festivo de la exuberancia vital, y el Crucificado, cuyo imperativo de fraternidad y piedad en el sufrimiento se expresa precisamente en el morir-se?" (p. 74 y s.). En cualquier caso, para entender mejor la sorprendente sugerencia de Echeverría, es necesario recurrir a unos párrafos posteriores. "El silencio-advier-te- es también un modo de lenguaje. ¿No decimos acaso 'silencio expectante', 'silencio hostil', 'silencio desconfiado' y hasta 'silencio elocuente'? Pienso que la enfermedad, el modo como Nietzsche escogió vivir su enfermedad y manifestarla, forma parte de la elocución de su pensamiento y debe ser considerada como elemento interpretativo para comprender su desarrollo filosófico. Tal vez Nietzsche guardara silencio tras la crisis de Turín, pese a que conservaba su capacidad de expresar sus sentimientos y recuerdos, como un modo de reiterar y confirmar la gran síntesis de que en esa crisis dio testimonio suficiente: *Dionysos y el Crucificado*" (p. 80).

Uno de los anejos al escrito sobre Nietzsche es una parábola de filosofía ficción —que nos recuerda el tono del Evangelio— dedicada a Marx. El pensador redivivo es discretamente apresado en Volgogrado por agitar, escandalizar y alborotar clandestinamente al pueblo. Su diálogo con el comisario que ha dispuesto el arresto del subversivo e incómodo personaje nos muestra que Echeverría no cae en la fácil solución de identificar la filosofía de Marx con la verdad y su realización o llegar a ser mundo con el error y la deformación de la verdad. Nos hace sospechar que el problema de los vínculos entre la teoría y la praxis es más complejo, aunque lo deja pendiente.

En el tercer ensayo se destaca la intuición metafísica fundamental de Antonio Machado sobre la esencial heterogeneidad del ser: el yo remite a lo otro, a lo que no es él mismo; el yo es algo que necesita de lo otro; en especial, el yo requiere del otro que es el Tú; pero en última instancia, el yo es menesteroso de lo radicalmente Otro: Dios (en este punto somos remitidos a Karl Barth y a Rudolf Otto).

Sin embargo, lo otro no es, sin más, dado al yo; debe ser alcanzado. Y es el Eros, el amor, aquello a través de lo cual se puede llegar a lo otro.

Con gran sentido didáctico, Echeverría esquematiza la metafísica de Machado recurriendo a la letra Z. La línea horizontal superior de la Z representa el primer impulso erótico del yo hacia lo otro, que culmina en fracaso. La línea oblicua regresiva simboliza la

decepción que hace que el yo se repliegue sobre sí mismo después de su frustración. El tramo horizontal inferior hace las veces de un segundo movimiento hacia lo otro, movimiento erótico-poético que nos conduce efectivamente a lo Otro: si no he entendido mal, Dios o la dimensión divina de nosotros mismos.

Creo observar que al exponer, muy creativamente por cierto, la ontología de Machado, nuestro filósofo, insiste, concordando con ella, en una nueva idea de ser; dejando en un segundo plano el discutible concepto de ser que lo entiende como sustante, autárquico o autopoiético afirma el ser como lo necesitado, lo menesteroso, lo que siendo no acaba de ser, el ser indigente. Y en ello coincide con las líneas más fecundas, en mi opinión, de la filosofía contemporánea.

Es el momento de volver nuestra atención hacia el título de la obra: *Libro de convocaciones*. ¿A quiénes se llama? ¿Y a qué, para qué o hacia dónde se convoca?

La respuesta a la primera pregunta no ofrece dificultades: el autor invoca a poetas, narradores, pensadores y dramaturgos para que, junto a sus lectores, se reúnan en torno suyo. La apelación se ha dirigido primero a Cervantes, Nietzsche y Dostoyevski, Marx, y Antonio Machado. Luego —en el segundo tomo de *sus Convocaciones*— se referirá a Dante, Goethe y Freud. Por último, en la tercera entrega, a Platón, Epicuro y Descartes.

La contestación a la otra interrogante es expresamente eludida y postergada. Tal vez en alguno de los próximos volúmenes de *sus Convocaciones* nos diga Echeverría para qué nos ha puesto en contacto con los personajes que eligió. Acaso sólo se aclare del todo el propósito de estas convocatorias en un ulterior *Libro de celebraciones* o en un tratado filosófico que prepara bajo el título *Ser y Estar. Prolegómenos a un empirismo trascendental*.

Entretanto, acogiendo una insinuación que en las páginas que nos ocupan se hace a los lectores, quisiera entregar una respuesta provisional, que quizás acierte en alguna medida. ¿A qué se nos convoca? ¿Hacia dónde se nos llama? Pienso que, por lo pronto, hacia la lectura de ciertas obras claves: el *Quijote*, *La Voluntad de poder*, *Los endemoniados*, los grandes poemas metafísicos de Antonio Machado. Al mismo tiempo, se nos conduce hacia el difícil aprendizaje de leer apropiadamente esos textos. Porque hay que advertir que leer es una faena llena de peligros, y sin exploradores que se adelanten y nos guíen por los vericuetos del discurso la lectura puede llegar a ser altamente contraproducente. Sería preferible una ingenua ignorancia a un leer descaminado.

Sobre todo, Echeverría nos llama a experimentar vitalmente y a conocer conceptualmente la condición humana para, a continuación, asumirla en sus raíces mismas. La condición humana, empero, es multilateral, posee muchos lados; y no sólo eso; es equívoca, ambigua, está plagada de conflictos internos, contradicciones o contracciones. Nuestro pensador nos propone no amputar uno de los

términos de la contradicción, no simplificar arbitrariamente la existencia, no empobrecerla renunciando a ámbitos decisivos de ella. Nos invita a abrazarla en su integridad, incluyendo sus polos opuestos. Su lema no sería "o lo uno o lo otro" sino "lo uno y lo otro": saber e instinto; idea y emoción; orden jurídico y libertad personal; ciencia y devoción hacia lo Trascendente; filosofía y religión.

El autor nos convoca a sentir y ver las limitaciones de la existencia, su radical finitud, nuestra nihilidad ontológica. Pero su objetivo no estriba en hacernos caer en lamentaciones o en una actitud pesimista o negativa. Todo lo contrario: nos sugiere que a pesar de la estrechez en que necesariamente nos movemos en el mundo, podemos y tenemos que decir sí a la vida. No obstante sus fracasos, sus tensiones, sus absurdos, sus frustraciones, la vida tiene sentido, logra lo decisivo, a saber: el vivir mismo, vivir que involucra, como momentos esenciales suyos, la referencia a los otros y al absoluto Otro que es Dios.

La nada en el ser, esa nada que corroe al ser como un gusano: eso es lo que hay que aprender a asumir y sobrellevar creativa y fecundamente. El impulso y la necesidad de trascendencia -en el sentido de Heidegger— ínsitos en la estructura del existir: en ello reside el punto de partida del aprendizaje.

Ni siquiera la muerte hace perder significado, en postrera instancia, a la vida. El filósofo nos invita y emplaza a que aprendamos a bien morir, lo que equivale, precisamente, a poder aprobar, al morir, lo que se ha vivido. Vivir bien y bien morir son lo mismo.

La tesis doctoral de José Echeverría, publicada en París en 1957, se titula *Reflexiones metafísicas sobre la muerte y el problema del sujeto*. Ni esos temas ni su fructífera lucha contra el sin sentido se han ausentado de su meditación posterior, con lo cual confirma, una vez más, esas palabras de Hölderlin que dicen: Pues/ como comenzaste, así permanecerás.